

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

DIRECTOR

AÑO XXII.—NÚM. 14

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

D. Práxedes Zancada y Ruata

10 DE JUNIO DE 1901



CARGA TENTADORA



SUMARIO

GRABADOS: Carga tentadora.—Nuestros clásicos (soneto ilustrado).—La última carrera.—Diana cazadora.—D. Salvador Giner.—La Exposición de Bellas Artes.—*Lygie*.
TEXTO: La corrupción y el falseamiento electorales, por Práxedes Zancada.—Los ojos negros, por León Navarro.—Marca de fábrica, por Carlos Cano.—Nuestros clásicos (soneto de Luis Martín).—Mi primera consulta, por E. Peláez Maspons.—Letras y letrillas, por Daniel Collado.—En la vega, novela de José de Laugi.—El ensayo, por Ramiro de Afíbarro.—Nuestra enhorabuena.—Notas bibliográficas.—Teatros, por Luis de la Villa.—La Exposición de Bellas Artes: *Lygie*—A las flores, por Mariano Miguel de Val—Lully Arjona, por Alfonso Dravilla.

La corrupción y el falseamiento ELECTORALES

No señalaron, ciertamente, las últimas elecciones un mejoramiento en nuestras viciosas prácticas electorales. Y no era tampoco posible que de la noche á la mañana, de modo súbito y por el arte mágico de unas circulares de prosa ministerial incolora, hubiera una transformación radical en el procedimiento, desapareciera todo el engranaje de máquina tan complicada y se llegara á una purificación en las costumbres. Y no era esto posible, porque subsisten las condiciones morales que estimulan el mal, en las que éste tiene su raíz y su savia, y en las que encuentra asiento y nutrición. No se ha aplicado á la enfermedad que aqueja al organismo nacional la terapéutica que demanda una prudencia juiciosa. No se han cauterizado las heridas abiertas con el uso reflexivo de una medicación extirpadora de la dolencia; y si subsisten las condiciones patógenas, ¿cómo se quiere que haya desaparecido el mal que se lamenta? Pretenderlo valdría tanto como pretender que nubieran de extinguirse ponzoñosos miasmas, subsistiendo el pantano que era su causa originaria.

Diferentes veces lo he sostenido. Sólo en el mejoramiento intelectual del pueblo español debe encontrarse el remedio. La educación de un pueblo hacia un ideal superior, es la base segura de su perfeccionamiento.

¿Es, como algunos pretenden, la corrupción que en todos los órdenes se observa, motivada por haber desaparecido las cualidades morales que fueron un día orgullo de nuestra raza? ¿Es que se ha apoderado de los corazones la ambición y la codicia?... ¿Cabe afirmar, para referirlo á España, lo que Montesquieu dice de Atenas? A mi juicio no. En Atenas hubo una época en que todos querían ser libres con las leyes, en que formaba el patrimonio del Estado el tesoro de los particulares, y en que la virtud era la base del Gobierno. ¿Cuándo ha existido en España situación tan hermosa? Aquí ha sido siempre al revés que en Atenas en su primera época, y al igual que en ella cuando sus ciudadanos se envilecieron soportando la tiranía de Demetrio Falera; aquí ha sido siempre, repito, base del Gobierno, en lugar de la virtud, la sagacidad maquiavélica; el patrimonio del Estado ha constituido el único tesoro de los particulares, y todos han querido ser libres contra las leyes.

Pero esto no es un vicio únicamente de las cualidades morales de nuestra raza. No es la corrupción en nosotros una modalidad y una supervivencia; es, como en todas partes, en todas las edades y en todos los pueblos, flaqueza inherente á la humana imperfección.

¿No se cita á la República romana como modelo de virtudes? Pues examinar los anales de su Historia, y veréis que la austeridad de sus costumbres, la pureza de sus procedimientos, son una de tantas frases hechas que pregonan esas gentes de que hablaba Séneca, que son del vulgo aun vistiendo clámide.

En Roma, donde hubo algunos Horacios, pero hubo muchos más Catilinas, el falseamiento electoral llegó á tal grado, que nuestras prácticas políticas, puestas en parangón con las romanas, resultan un modelo de honradez y sinceridad. Syla y Pompeyo ganaron á fuerza de dinero las elecciones populares para ellos ó sus amigos; Catón fué derrotado en su elección consular porque no quiso descender á maniobras bastardas; Crespo llegó á las más altas dignidades á fuerza de oro,

y Cicerón, defendiendo á Murena, acusado de comprar los votos de ciudadanos romanos, decía: «Dejemos á los candidatos ejercer un acto de beneficencia, que anuncia más que la intención de corromper un corazón generoso». Aún hay más: según el historiador Salustio, lo mismo los que se llamaban defensores del pueblo, que los que se jactaban serlo del Senado, buscaban el mando y sus goces, únicamente, siendo verdaderos esclavos de su ambición.

Distínguese—le decía Q. Cicerón á su hermano—en la expresión y magnificencia de tus promesas....

De tal suerte en Roma presidía la más grande inmoralidad en las elecciones, que el lenguaje y el proceder de los candidatos no era la expresión de su pensamiento, sino el regulador de sus amistades y sus odios, según sus intereses.

Cosa muy antigua es, como se ve, la corrupción política. Y no puede decirse, sin hacer caso omiso de la realidad, que las lacerias electorales, el cúmulo de astucias y bellaquerías puesto en juego por los poderes públicos en todas las elecciones, sea fruto y resultado del régimen liberal. No; esa corrupción política que falsea la voluntad nacional, que coloca sobre las aspiraciones generales los intereses privados, es semejante á aquella de los tiempos de los monarcas absolutos, los de Carlos I, por ejemplo, en los que, como dice Ferrer del Río en su obra *Comunidades de Castilla*, «se cruzaban en las antecámaras de palacio y en las avenidas de las Cortes, pláticas preñadas de soborno y recónditos manejos para torcer la intención de los procuradores más ó menos firmes en votar, según habían prometido á las ciudades...; y en tan escandaloso mercado á todo se ponía precio, menos á la felicidad de España.»

Tampoco puede decirse en absoluto que sea el sufragio universal quien lleve como aparejada consecuencia la mixtificación de la voluntad electoral. Es cierto, sí, que el sufragio universal, como decía Cánovas, aumenta la confusión y, por consecuencia, la ilegitimidad; es cierto, sí, como anrmaban Pidal y Domínguez Pascual, que cabe más corrupción dentro del sistema de universalidad del voto, y que la reforma electoral en España no debía haberse hecho de modo tan radical, pasando súbitamente y como por ensalmo, sin la labor de una preparación adecuada, de un régimen restringido á otro de tal amplitud; es cierto, sí, que la reforma electoral debía haberse operado como pedía Silvela, buscando en la unidad orgánica de la familia y del hogar algo que se pareciera á las instituciones inglesas; pero no es también menos cierto que tenía razón D. Alfonso González, al replicar á esos argumentos, manifestando que antes del sufragio universal eran igualmente deplorables las prácticas electorales.

Bien puede decirse que sólo las Cortes generales y extraordinarias de 1810 fueron elegidas con sinceridad en los procedimientos. Aquellas Cortes han sido las únicas que no nacieron deshonoradas por la ilegalidad. Todas las demás se han formado arbitrariamente, siendo moderadas cuando mandaba Narváez, y progresistas cuando gobernaba Espartero. Jamás se ha dado el caso, como en Inglaterra, de ser derrotados los Gobiernos. Allí Gladstone lo fué en 1885, y otros diversos casos podríamos citar para corroborar nuestro aserto, y es que en Inglaterra el Poder ejecutivo no influye directamente por medio de la administración sobre la voluntad de los electores.

Es un engaño creer, como lo hace el Sr. Isern, que antes de 1869 se manifestaba expresamente la voluntad de los electores, y que haya sido la revolución de Septiembre la que implantara un caciquismo vergonzoso. Y es un engaño manifiesto, porque, como ya he dicho y habré de repetirlo una vez más, las Cortes que se sucedieron en el reinado de Isabel II tenían el mismo vicio original que las que fueron posteriormente convocadas. En unas y en otras era falseada de modo violento y odioso la voluntad del elector; en unas y otras el favor ministerial era el más seguro camino para ostentar la investidura de diputado.

¡Ah!... Poco pueden echarse recíprocamente

en cara los partidos políticos. Una frase de Castelar retrata lo que la lucha electoral significa. Cada elección—dice el gran tribuno—es una calamidad; cada comicio un mercado; cada elector un esclavo; cada ministro un sultán; cada candidato un fomentador de la pública inmoralidad, y cada acta un padrón de escándalo y de ignominia.

Y hay que decir que si alguna diferencia se observa en los procedimientos electorales de antes y de ahora, es en favor de los últimos. Ahora al menos no se ganan las elecciones al modo de aquellas célebres de Badajoz, en que para contrarrestar la fuerza de los electores del Sr. Salmerón se presentaron á votar, dirigidas por sus jefes y oficiales, las fuerzas de la guarnición. Hay que reconocer el buen propósito que animó en las penúltimas elecciones generales á los señores Silvela y Dato, el cual, si no obtuvo todo el éxito necesario, fué un adelanto ventajoso en nuestra política.

Grave error sería modificar nuestras instituciones y sustituir el régimen parlamentario por el representativo, como pedía en 1886 el actual ministro de Instrucción pública, y ese cambio, seguros estamos, no habría de remediar nada, y podía agravarlo todo.

No remediaría el mal de la corrupción electoral, porque todos estamos viendo que una de las naciones en que es mayor esa corrupción, es, sin duda, la gran República norteamericana. Y además, porque el régimen representativo difiere bien poco en la práctica del parlamentario. En los Estados Unidos, el presidente no es libre en modo alguno en sus iniciativas. Las Cámaras son dueñas de las leyes y del presupuesto; ellas dan las resoluciones conjuntas ó concurrentes que el presidente tiene que aprobar, y contra el Poder ejecutivo concertado en su persona se levanta el Poder legislativo, concentrado en la del *Speaker*. El presidente escoge sus ministros; pero de igual modo que sucedió en España, en Francia y en Inglaterra, los ministros le son impuestos por el partido que le llevó á la presidencia, y el partido está dirigido por parlamentarios; y por este encañamiento fatal y necesario; por esta humana trabazón inherente y consustancial con las modernas sociedades, resulta que el presidente de un Estado representativo está al fin y al cabo en las mismas condiciones, en igualdad de circunstancias, que el de un Estado parlamentario.

Nada tan contrario á la práctica como la Constitución norteamericana, que es, además, contradictoria y paradójica. Estriba, en efecto, el fundamento del régimen representativo, en que el Poder ejecutivo debe ser el depositario de la soberanía popular frente á las veleidades y usurpaciones que pueda sentir la Asamblea. ¿Pero puede concebirse una Cámara que legisle contra la voluntad popular y que no sea su representación genuina? Se nos citará como muestra de ello las Cámaras españolas; pero yo estoy discutiendo en el terreno de las ideas, y en ese terreno no cabe que pueda existir una representación contraria á la voluntad de los representados.

No es mal de nuestra nación únicamente ese falseamiento electoral, que existe lo mismo dentro del régimen representativo que del parlamentario. Ahí está Francia, donde las elecciones tampoco se caracterizan por su sinceridad. Leed el libro *Cien años de elecciones*, de Félix Challetón, y lo veréis con irrefragable evidencia.

En las elecciones de 1888, no sólo el Gobierno francés cometió todo género de vergonzosas coacciones, empleando la gendarmería para fines electorales y tolerando el soborno electoral, sino que fué más allá, y viendo mal parada su causa, recurrió al arbitrio de que las tropas recorrieran tres departamentos para intimidar á los electores.

Por lo que á los diputados franceses se refiere, bueno es hacer constar que, según el testimonio de un periódico tan sesudo como *Le Temps*, sólo se ocupan de fomentar su clientela electoral por todos los medios posibles, aunque al hacerlo tengan que sacrificar los intereses de la colectividad, que debían ser los primordiales... Y hay una gran ventaja á favor de nuestros diputados con rela-

ción a los franceses, y es que los nuestros no cobran.

A raíz de las elecciones inglesas, publicaron los periódicos listas verdaderamente fabulosas de las cantidades gastadas por los candidatos, y es indudable que la corrupción electoral tiene su manifestación definida en todos los países civilizados.

¿No dice el célebre filósofo inglés Spencer en su obra *Ensayos de política*, que hay una gran masa de ciudadanos en los cuales el deseo de obrar como tales, no resiste a un poco de dinero ó algunas copas de cerveza; que los que emiten su voto con libertad están en minoría, y que las elecciones suelen depender de influencias ocultas é ilegítimas?

¡Y qué mucho que los individuos de las últimas capas sociales vendan por unas pesetas su derecho: ¡Cómo exigir al humilde, al necesitado, una independencia de criterio que no ostenta el poderoso!... Se habla de la ligereza de las masas. ¿La ligereza de los políticos, ¿no es tan grande ó mayor? ¿No nos ha enseñado la Historia que los convencionales franceses que habían votado la muerte de Luis XVI, fueron los ministros de Luis XVIII; que Ludlow, uno de los jueces de Carlos I de Inglaterra, quiso servir a Guillermo II; que González Bravo empezó siendo liberal y acabó en reaccionario; que a Nocedal le sucedió lo mismo, y que es cosa corriente entre los hombres mudar de opinión y mostrarse cada día con diferente vestidura política?

¡Qué mucho que cuando los de arriba ofrecen ese ejemplo de versatilidad é inconsecuencia, los de abajo den el sufragio, como dice Azcárate, al que les promete algo positivo, una carretera por ejemplo!

Es indudable que puede y debe atenuarse un mal, cuya extirpación en absoluto es imposible. ¿De qué modo? No por los medios, poco liberales ciertamente, que proponía Jovellanos, poniendo dificultades á que pudieran ser elegidos los grandes y los prelados, por considerar que unos y otros, por su dignidad y riqueza, atraerían hacia sí la atención de los electores; sino imitando la conducta de Bélgica, en donde presiden los jueces las mesas electorales, ó la de Alemania, en donde se aparta por completo á los empleados públicos de toda intervención en el procedimiento.

Es preciso que se cumplan las leyes, que son en España letra muerta, cosa que sirve á modo de mosaico ornamental, como de adorno y lujo.

Si se cumplieran las leyes electorales, de seguro las elecciones serían más legales y sinceras, porque la sanción penal contenida en esas leyes es más que suficiente para garantizar la pureza del sufragio.

El Código penal, en su art. 250, declara reos de sedición á los que impidan la celebración de las elecciones populares en alguna provincia, circunscripción ó distrito; y el Tribunal Supremo, en sentencia de 1874, declaró que cometen el delito de referencia los que ejecuten cualquier acto que haga imposible la emisión del sufragio.

Los autores de estos delitos de sedición serán castigados con prisión correccional en sus grados medio y mínimo; de donde resulta, según la ley, que tiene tanta pena el que rompe una urna, que el que inutiliza para el trabajo á cualquier ciudadano rompiéndole un «miembro principal» (art. 431).

Por el art. 85 de la ley Electoral, relacionado con el 314 del Código penal, resulta que será castigado con la pena de cadena temporal y multa de 500 á 5.000 pesetas, el funcionario público que falsifique un documento; y aunque el art. 86 de la ley Electoral establece algunas aminoraciones en la penalidad, resulta que el que falsifica un acta tiene casi la misma pena que el que comete un homicidio.

La compra de votos está castigada con una multa de 125 á 2.500 pesetas y arresto mayor, habiendo ido tan lejos la ley en este punto, que no sólo condena al que por medio de la dádiva ó de la remuneración solicita el voto del elector, sino también al que lo busca por medio de la promesa; de

lo que se deduce que toda la materia de preparación electoral cae dentro de la sanción penal, pues la promesa es el arma del candidato, de tal suerte, que quien nada prometa nada conseguirá, pues las gentes prefieren una mentira si es agradable, á una verdad si es ingrata; les satisface la oferta generosa, y muchas veces se contentan con la vaga esperanza de lo prometido.

¿Cómo mostrándose la ley tan severa en materia electoral sus disposiciones resultan de escasa eficiencia? Porque como ya he dicho, la ley ó no se cumple ó se cumple mal. Porque los grandes caciques hallan medio de que sean irrisorios los textos legales.

Los únicos que van á la cárcel por delitos electorales son los huérfanos de protección oficial. Los protegidos por el favor ministerial, pueden cometer impunemente toda clase de atropellos y burlarse de la ley con el más cínico descaro.

Si el que falsifica un acta lo ha hecho con aquiescencia del gobierno, no habrá quien le moleste. Además los gobernadores son los que inducen á los alcaldes al delito, de modo que ellos son los verdaderos responsables de éste.

Decía en el número anterior que las elecciones en Madrid habían estado sumamente desanimadas, debido á que las falsedades que se cometen retraen de tal modo á los electores, que aquí puede darse el caso ocurrido en Austria y que cita el señor Santamaría, de un candidato que salió por los votos de su familia y amigos.

Se habla de que el Gobierno abriga el propósito de reformar la ley electoral.

Si la reforma y luego sigue siendo incumplida, nada se habrá adelantado.

Lo esencial es que la ley sea respetada y escrupulosamente observada por todos los ciudadanos, sin excusa de ningún género, y sin que puedan prevalecer contra sus mandatos, las malas artes de un vergonzoso caciquismo.

PRÁXEDES ZANCADA.

Los ojos negros

Dios no hizo de primera intención los ojos negros. Perdido el Paraíso por culpa de Adán y Eva, no le quedó á aquél más consuelo que ver retratado en los ojos de su compañera el azul del firmamento; que Dios quiso pintar en los ojos de las mujeres un cielo como el perdido, que fuera la esperanza más patente de otro cielo futuro.

Pero el hombre que comenzó desobedeciendo al Señor no quiso ó no logró inculcar en su pecho aquella esperanza, y dudando de todos, dudó hasta del cielo y no vió en los ojos de todas las mujeres otra cosa que un perdido paraíso y un cielo de que ellas mismas, con llevarlo retratado, no podían gozar.

Y el hombre, inconstante, huyó de la mujer que traía á su memoria el recuerdo de una felicidad perdida y odió los traidores ojos que, al retratar por primera vez un cielo de delicias, hicieron caer al infeliz Adán en la tortura del mundo.

Huyó de la mujer, en cuyas azules pupilas no vió más que tristeza, perfidia y castigo.

Dios, al ver tal alejamiento, llegó á temer por sus predilectas criaturas y buscó algún remedio.

Los ojos negros fueron hechos. ¿Ignoráis cómo? Vais á saberlo.

A orilla del Eufrates, al pie de una alta montaña que se confundía en la cumbre con su penacho de nieves y de brumas, apacentaba su rebaño de blancas ovejas un jovencillo pastor de gallarda presencia y de tranquila y dulce mirada.

Entretenía sus ocios en construir rústicos enseres de su primitivo arte, cuando vió descender de la montaña, como blanco girón de nieve que resbalase, otro rebaño de ovejas como el suyo.

Pronto distinguió la persona que el rebaño conducía.

Era una gentil pastora cuyo cabello caía ciñendo su cuello y hombros en guedejas de reflejos dorados. Su cuerpo, no enteramente oculto por la tejida lana de sus ovejas, dejaba adivinar la juventud y la hermosura.

Ver tal aparición y pretender huir, fué cosa simultánea. Recogió su cayada, colgó al hombro su zurron y arrastró á su rebaño tras de sí.

Pero ella descendía de la montaña y andaba más deprisa. Pronto estuvieron juntos.

—No huyas—dijo ella al ver el desconcierto del joven pastor, que al verla volvió las espaldas.

—Huyo porque no quiero mirar tus ojos, que son una maldición. Cuando llegue la noche y no pueda ver su color maldito, me hablarás lo que quieras; pero mientras el sol nos alumbre no quiero tenerte al lado, que para ver copiado un cielo, tengo mejor el que me cubre á todas horas.

—Si hemos perdido un cielo, mis brazos podrán darte otro.

—Pero no viendo tus ojos. Ven de noche.

—La noche no basta á mis deseos. Yo te amo noche y día sin poder alejarme de tí. Mis ojos, que por primera vez te vieron al cruzar el valle al medio día, no pueden ser motivo de tus odios. Piensa que si el Señor me los dió como recuerdo de un cielo perdido, también me los dió como esperanza. ¿Qué es el amor que puedo ofrecerte más que el mismo cielo?

—¡Amor, amor! palabra que habéis inventado desde hace poco—añadió con sorna el ya escéptico y jovencillo pastor.

—Es que nos hacía falta llamarlo de algún modo. Amor es lo sobrehumano, lo que nos aproxima á Dios y al cielo que perdimos. Para el amor no hay nada imposible; que el mismo Dios, cuando quiere probarnos su cariño, nos manda amar.

—Mujer al fin, me tratas de engañar. Aléjate sin obligarme á que te vea. A mis espaldas te queda medio mundo. ¡Huye!

—No puedo alejarme porque te amo. El deseo de tu amor es tan grande como el mío.

—Deja, pues, que el sol se marche; entonces oiré tus palabras y me volveré hacia tí. El ver tus ojos me produciría vértigo y huiría para siempre.

—El recuerdo de un cielo perdido no puede amenazar la esperanza de otro cielo.

—Pero ese cielo que espías, ¿me lo puedes ofrecer? Los ojos de ella respondieron á tal pregunta; pero como el pastor estaba vuelto de espaldas no encontró respuesta.

—Huye hasta la noche—exclamó;—he jurado no ver unos ojos que desde Eva no dicen más que mentiras en que débiles creemos.

Lloró ella los desprecios del pastorcillo, llenándose sus azules ojos de transparentes y grandes lágrimas. Buscando apoyo se acercó lentamente al pastor y apoyó sus blancos brazos en los hombros robustos; él se estremeció sin volver la cabeza. Sus lágrimas mojaron sus desnudos hombros, mientras que sus ojos, vueltos al sol de la tarde, perdían ardentemente la llegada de la noche.

Ella estrechó convulsa el adorado busto del pastor y llamó á la noche con todas las energías de su alma enamorada.

Y á fuerza de desear la noche con todas las ansias que el amor sugiere en las criaturas, sin ellos saberlo rezaron la misteriosa oración del amor humano, y el mismo Dios que, como dijo la pastora, se valía del amor para testimoniar su existencia, fundió la deseada y negra noche, imbuyéndola en los ojos de la pastora.

Debió resistir mucho tiempo el pastorcillo sin abrir los ojos y ver á su compañera. Las caricias se perdieron sin verse, hasta que, enloquecido el mancebo, y separando de su memoria el recuerdo, abrió sus ojos para recibir una mirada de la pastora, mil veces más sabrosa que todas las caricias.

Y al ver los ojos azules, negros como la noche, se estremeció de amor y de asombro, y antes que como sueño se escapase tanta hermosura y pasión como encerraban los primeros ojos negros, los cerró con dos prolongados besos que debieron de repercutir en la nieve fría de la montaña.

Sólo el amor consiguió tal milagro. Por eso los ojos negros son hijos del amor y ellos despiertan amor y amor encienden.

LEÓN NAVARRO.

Marca de fábrica

En cierta villa zaragozana un carpintero, que no era rana, se estableció; y autorizado por el alcalde, que hacía catres, casi de balde, á los vecinos les anunció.

De tal anuncio con el reclamo corrió su fama cual corre un gamo, y antes de un mes,

á voz en grito los compradores de aquellos catres decían horrores, pues se rompían en dos por tres.

Cierta vecina, que por su suerte compró de todos el que más fuerte le pareció,

al carpintero le armó una gresca porque su catre se le hizo yesca la misma noche que lo estrenó.

Y él la repuso: Pues si al usarlo se ha roto el catre, no hay que dudarle, no era de aquí;

y que no miento, bien se adivina, porque mis catres, ni aun á la esquina enteros nunca llegar los ví.

CARLOS CANO.



NUESTROS CLÁSICOS

LUIS MARTÍN
SONETO

Cubierto estaba el sol de un negro velo,
luchaba el viento con el mar hinchado,
y él, en huecos peñascos quebrantado,
con blanca espuma salpicaba el cielo.

El ronco trueno amenazaba al suelo,
tocaba el rayo al monte levantado,
y pardas nubes de granizo helado
el campo cobijaban con su hielo.

Mas luego que su clara luz mostraron
los bellos ojos que contento adoro,
y á quien el alba envidia los colores,
calmó el mar, calló el viento, se ausentaron
los truenos, pintó el sol las nubes de oro,
vistióse el campo de olorosas flores.

Mi primera consulta

—Señorito, ahí hay una señora que pregunta por usted.

—¡Por mí! ¿Tú la conoces?

—No, señor. Trae papeles en la mano...

—Algún asunto—pensé;—el primer cliente que viene á la consulta... Dila que pase á mi despacho; enciende la luz, pronto... mujer, no gastes tanta calma... Deprisa... ¡Gracias á Dios que voy á ejercer mi carrera! Dos años ofreciendo mi bufete á todo el mundo; dos años que pasé sentado en este sillón, de nueve á doce y de ocho á diez de la noche, esperando en tonto el primer negocio que ahora se presenta...

—¡Caballero!

—¡¡Señora!!

—¿Es usted D. Enrique?

—Para servirla... Pero siéntese usted; aquí, en esta butaca estará mejor. ¡Cuidado! Espere co-

rro este portier... (Vaya una hembra y qué tipo más elegante tiene. ¿Será solvente?)

—(Qué muchacho más fino. ¡Si supiera!)... Pues yo venía para hablarle de un asunto... Ya ve usted, voy de luto riguroso, y la cuestión es...

—Tal vez la testamentaria, ¿verdad?

—¡Pchis! No, señor; porque mi marido...

—Comprendo... Querrá usted entablar el divorcio...

—Tampoco. Es que soy viuda.

—¿Viuda? Ah, sí; deseará incoar el expediente para obtener la pensión. No es precisamente asunto de letrado; pero... en fin...

—Nada de eso, D. Enrique. Usted es muy joven todavía.

—¡Regular!

—Por lo visto empieza ahora la carrera...

—Ahora precisamente, no, señora. Llevo algún tiempo en el ejercicio de la profesión... Mire usted la fecha del título...

—Ah, señor; usted no comprende la desgracia que es perder al marido.

—¡Señora! ¿Qué he de comprender tal cosa?

—¡Ah! Qué pérdida tan irreparable. Qué transición más brusca. Cuando la desgracia se cierne sobre una familia honrada, las lágrimas asoman á los ojos, los párpados se humedecen y el amargor del llanto llega hasta los labios... Yo he sido viuda y lo soy aún; desde que sufrí tan tremendo golpe siento el vacío á mi alrededor, y todo lo veo con las negruras de la fatalidad.

—(¿Dónde irá á parar?)

—Quizá le parecerá á usted esto ridículo; tal vez juzgue perturbada mi razón; pero, ¡ah!; usted, señor, se equivoca. Los jóvenes sólo piensan en divertirse; no bajan la mano á las miserias humanas, y yo, triste es decirlo, pero soy una de esas... Mi marido, que era abogado también, murió dejándome sumida en la pobreza... Aquí traigo, vea usted, la partida de casamiento, la de bautismo, la de defunción... en fin, todas las partidas, para demostrarle que no miento... Mi marido era abogado.

—¿Cómo se llamaba?

—Carlos Interdicto.

—Sí, señora; me suena ese apellido; pero no ha sido compañero mío...

—¡Es extraño! Porque fué condiscípulo de todo el mundo... Caballero, yo soy muy desgraciada...

—En resumen: ¿qué desea usted?

—Muy poco, señor; que tenga caridad con esta pobre viuda de un compañero, y me dé usted dos

peseta, ó una, ó media, ó diez céntimos, para comprar una bujía, porque desde que murió mi esposo duermo completamente á oscuras...

—Tenga usted.

—Gracias, caballero; es usted noble, generoso, caritativo; ¿cómo le pagaré á usted?... Ahora, señor, si me lo permite, le he de pedir un último favor... no es dinero.

—¡Usted dirá!

—Déjeme ver un momento ese libro de cubierta roja.

—¿Cuál, la lista del Colegio?

—Sí, señor; es para apuntar donde vive el abogado

que esté más cerca... Eso que está todo muy malo en Madrid. ¡Si viera usted cuántas viudas hay de compañeros!...

E. PELÁEZ MASPONS.

(Prohibida la reproducción.)

Letras y letrillas

No sé si sabrán ustedes que acaba de aparecer una nueva edición de *La Regenta*, novela de Leopoldo Alas, que al hacer su tercera salida, lo verifica acompañada de un hermoso prólogo de Galdós.

De modo y manera que si ustedes no lo sabían, yo tengo sumo gusto en darles la noticia y en copiar estos dos parrafitos que, á modo de contera, ha puesto el autor de *Doña Perfecta* al prólogo en cuestión, y que dicho sea de paso, van á servirme á maravilla para hilvanar el *introito*, exordio ó prefacio de este deslabazado articulejo: «No son los tiempos tan malos ni el terruño tan estéril como afirman los de fuera, y más aún los de dentro de casa. Quizás no demos todo el fruto conveniente; pero flores ya hay, y viéndolas y admirándolas, aunque el fruto no responda á nuestras esperanzas, obligados nos sentimos todos á conservar y cuidar el árbol.»

Hasta cierto punto nada más, respetable y satisfecho D. Benito.

Porque vamos á ver: si usted tuviera un árbol cuajado de fruto y supiera que éste no iba á ser para su dueño, sino para el vecino, ¿se molestaría usted en cuidarle?

No, y mil veces no, y haría usted perfectamente.

Pues en el mismo caso nos encontramos con respecto á otros árboles la inmensa mayoría de los españoles.

¿Con qué fe y con qué entusiasmo vamos á lanzarnos por la vía, sendero ó camino de la regeneración y del progreso, sabiendo de antemano que en cuanto el fruto esté maduro surgirá un *Tirtea-fuera* belga, inglés ó sueco que nos le arrebate en nuestros propios morros para engullirsele y relacionarse después los suyos?

Mírese si no en el espejo de aquel presidente de cierta Audiencia, que, cuando menos podía esperar, se encontró con el siguiente telegramita del embajador de Inglaterra: «Ordene V. S. á juez Belorado suspenda procedimientos, que perjudican á súbditos del Reino Unido.»

Lo que equivale á decir: «Guárdense los españoles de contrariar en lo más mínimo á los extranjeros, que les están haciendo el favor de colonizarlos, porque si así no lo hacen, les dejaremos entregados á sus propias fuerzas.»

No hagan ustedes tal, señores míos.

Sigan dispensándonos su desinteresada protección y amistad, y cuando algún funcionario de

menor cuantía les salga al paso con objeto de entorpecer su marcha triunfadora, recurran en queja á los de arriba, y éstos se encargarán de allanarles á ustedes todos los obstáculos.

Eso es lo justo, lo progresivo, lo racional y lo patriótico.

Dejad que Suecia y Noruega,
Bélgica y la Gran Bretaña,
regeneren esta España
que camina hacia su fin.

Dejad que el griego y el turco,
el francés y el italiano,
hagan en el suelo hispano
lo que hicieron en Pekín.

Nada de provocaciones
ni nada de alardes fieros,
recordando á los iberos
imbéciles de otra edad.

Circunspección, tolerancia,
ni una interjección, ni un grito,
que hoy, señores, son un mito
la patria y la libertad.

*
* *

Abandonemos la nuestra, aunque sólo sea por breves instantes, y trasladémonos á la de Magdalena Cinti.

¿Que quién es Magdalena Cinti?

Pues Magdalena Cinti es una arrogante campesina de San Vito Romano, de veintidós años de edad, casada con un guapo mozo, labrador pobre ayer y rico hoy, puesto que su esposa es nada menos que la nodriza de la primogénita de los reyes de Italia.

A estas horas Magdalena se hallará instalada en el Palacio real, habiendo contraído el compromiso de no ver á su esposo durante dos años.

Sencilla y adorable Magdalena:

No sabes con qué pena
de tu resolución quedo enterado.
Los reales esplendores te han cegado,
y ¡claro!, no has previsto
lo que puede ocurrirte, ¡vive Cristo!
Tú en Palacio instalada
de fijo te verás agasajada
con real munificencia.
Mas ¡ay! que es imprudencia
y caso peligroso
dejar libre dos años á un esposo.
La soledad es mala consejera,
y suceder pudiera
que á tu joven marido aconsejando
con acento meloso le dijera:
—¿Pero en qué estás pensando?
No seas majadero;
con esa juventud y ese dinero
no debes aburrirte,
sino, por el contrario, divertirte.
Y el consejo siguiendo
y la aldea dejando,
su sedoso bigote retorciendo,
á la ciudad se fuera encaminando.
En todas las edades
han sido peligrosas las ciudades;
pero en la edad presente,
sabe que suelen serlo doblemente.
Hay jóvenes divinas,
coquetas y ladinas,
con ojos como soles,
con labios que asemejan arboles,
y siendo el hombre fuego y la hembra estopa,
¿qué ha de ocurrirle si con ellas topa?
Sencilla labradora,
medita, y si aún es hora
de que el peligro de tu paso adviertas,
renuncia á esa ganancia tentadora,
«y déjale al amor sus glorias ciertas».

¡ Buenas están en estos tiempos las glorias del amor!

Tienen tan poco de ciertas como de gloriosas.

Allí, en el país del buen queso, ó sea Holanda, está la encantadora reina Guillermina, sufriendo las consecuencias del amor espontáneo y desinteresado.

Su regio esposo, que antes de serlo gustaba de la vida alegre, contrajo deudas por valor de un millón de marcos, y los prestamistas no dejan vivir en paz al rey consorte.

En Barcelona, los novios de dos apreciables señoritas se han valido del amor para arrebatarse á su futuro suegro la bonita suma de 12.500 duros.

En Madrid, un zapatero taimado y socarrón prepara para casarse todo lo preparable; pero cuando se disponía á ejecutar la suerte, se acordó de su hermosa libertad, y exclamó con firmeza: —No me caso.

Todos los días, á todas horas y en todos los países, juega el amor esas partidas á los que le rinden culto.

Jóvenes casaderas,
permaneced solteras
si el novio su pasión no garantiza.
Porque aunque dicen que el amor es fuego,
suele suceder luego
que es helada y prosaica ceniza.
Considerad que es cosa
terrible y bochornosa,
que una esposa entusiasta
sueña que es muy dichosa
y al despertar se encuentra con Sagasta.
Sagasta, que al país cantando amores,
le suele deslumbrar con sus promesas;
pero que en cuanto logra sus favores,

hace lo que los malos trovadores,
y aunque el país le increpe, ¡ni por esas!

* *

¡ En cambio por las otras!
No hay individuo de su tribu á quien no haya agraciado con un acta.

En una votación reñida, le bastará el concurso de sus parientes para salir triunfante.

¡ La bilis que estará tragando D. Germán!

Es fama que sueña todas las noches con el señor Moret, y que recita con voz estentórea unas décimas que ha compuesto, adaptación ó plagio de las que dice Segismundo en *La vida es sueño*.

Allá va la única que conozco, para que juzguen mis lectores:

¡ Apurar, Segis, pretendo,
ya que me tratas así!

¿ Qué delito cometí
para que me estés moliendo?

¡ Segis, Segis, ya te entiendo!

Tú vas de la herencia en pos.

Mas te juro, ¡ vive Dios!,

si me disputas la herencia,

que á la luna de Valencia

nos quedaremos los dos.

Se dice que, cuando D. Germán acaba de recitar esta décima, se despierta sobresaltado, creyendo ver en la cabecera de su lecho á D. Valeriano y en los pies á Canalejas.

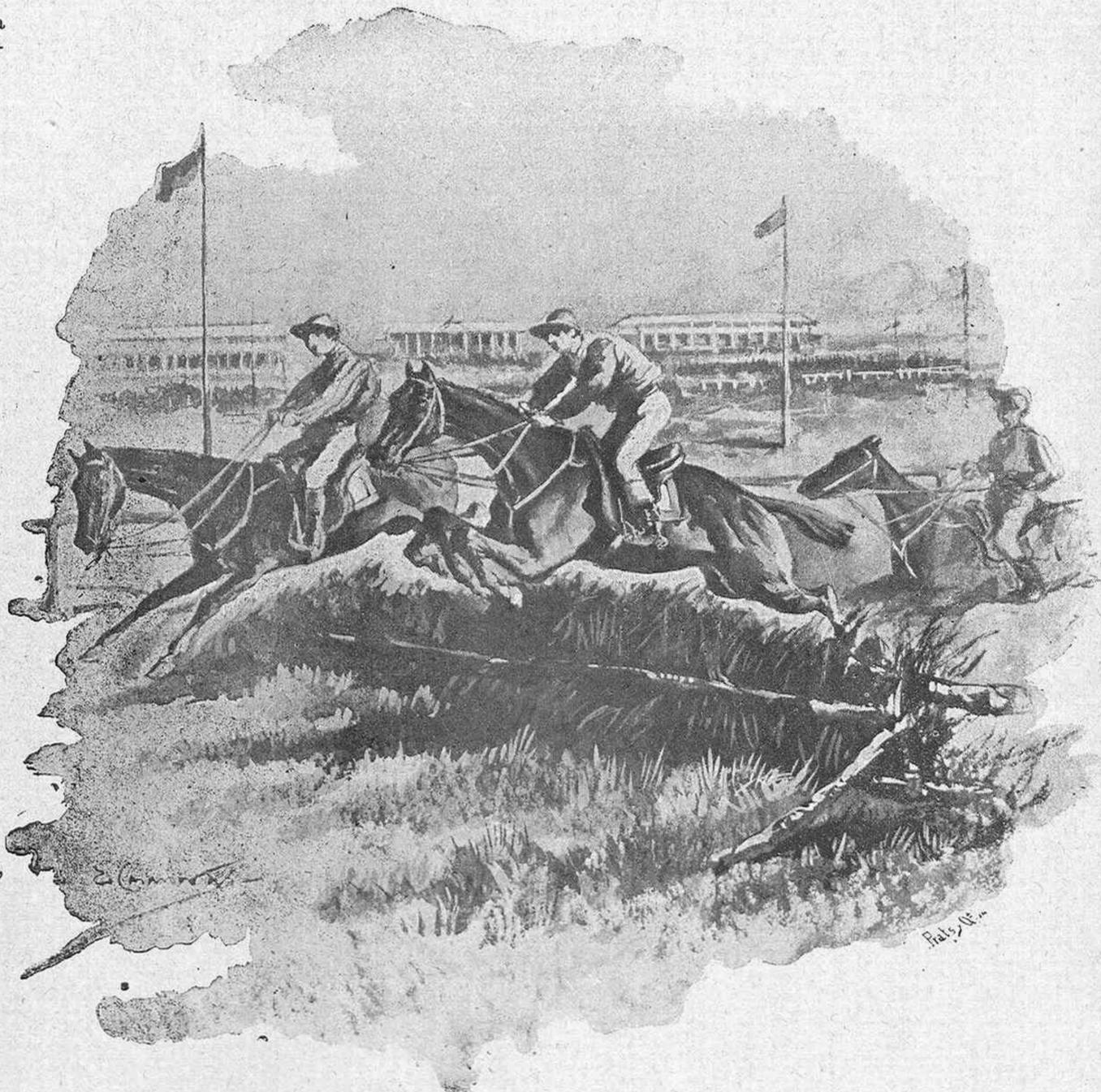
Yo no sé si esto es cierto,

lector amigo;

pero á mí me han contado

lo que aquí digo.

DANIEL COLLADO.



LA ÚLTIMA CARRERA



DIANA CAZADORA

EN LA VEGA

NOVELA DE COSTUMBRES GRANADINAS

POR

JOSÉ DE LAUGI

Y la pobre muchacha se encontraba al despertar de su vida con una lucha de gigantes, y su corazón vacilaba entre el padre que mandaba y el amor que crecía con los obstáculos y las penas. Ella, siempre alegre y dicharachera, riendo sin pensar en las amarguras, contenta de su suerte, mimada de la fortuna, fué en aquel momento víctima como yo de un capricho sostenido á buenas y malas. Era, quizá, mi primer efecto, haber inculcado en aquel corazón de niña mi ruda terquedad é indómito carácter.

Así, sufriendo, pasé aquellos meses hasta Junio, sin fijarme en que los frutos asomaban entre las hojas, ni siquiera en pensar que el sol del verano era todo vida y alegría.

Las labores comenzaban su período más animado; los labradores volvían á entonar su acción de gracias por los frutos recogidos; se levantaban las altas gaveras y las enormes parvas en las eras; rodaban los trillos describiendo círculos y más círculos, y el sol, desde que asomaban sus primeros rayos por encima de la sierra hasta que se escondía por el lejano horizonte, no contemplaba más que el trabajo rudo de la recolección afanosa, y los ópimos frutos que marchaban hacia los graneros.

No era todo calma y trabajo en el pueblo de Ambrós. Una cuestión importantísima acababa de encender los ánimos de aquellos labradores, á tal punto, que no se hablaba de otra cosa en las eras ni en los hogares.

El temido río Dilar, aquel que durante el invierno tanto disgusto había proporcionado á mi tío, era el punto de la cuestión. Su cauce, relativamente pequeño para el agua que en las avenidas traía, era el enemigo perpetuo de todas las hazas colindantes; además, su lecho estaba en muchos sitios á más altura que las hazas, y esto era causa de que en las riadas, al desbordar el agua, llevase con ella toda la arena de los balates, mas la suya propia. Pues bien; cuando todos los labradores se esmeraban en defenderse de aquel río, se recibió en Ambrós la espantosa noticia de que aguas arriba, cerca de Gavia, acababan de incorporar al caudal del Dilar toda el agua procedente de un enorme barranco llamado de Las Andas. El notición causó un efecto estupendo; ¿cómo le echaban más agua cuando la que ya tenía era demasiada para su cauce? ¿Querían aquellos malvados arenar toda la vega por quitarse un disgusto de en medio?

Hubo juntas, cabildos, idas á Granada y á Gavia; todo inútil, hasta que el alcalde, á cuyas órdenes estaba, citó á junta extraordinaria á todos los labradores que, con tal perturbación, saliesen perjudicados.

Y aquí viene lo bueno. Los dos grandes labradores más perjudicados eran mi tío Damián, dueño del San Ignacio, y D. Manuel Goroza, dueño del cortijo de Almecino. Los dos iban á hallarse frente á frente, y yo, víctima de los dos, iba á servir de secretario; y luego me hablaba la gente del Dilar! ¡Aquello sí que iba á ser río!

Dieron las diez de la mañana del día 15 de Junio, hora y fecha señaladas por el alcalde de Ambrós para la junta extraordinaria. Acudieron los labradores, comentando el mayor ó menor éxito de la reunión. La mayoría era partidaria de un arreglo entre todos para encarrilar el agua sin echarla los unos á los otros; algunos había que pretendían obtener, por buenas ó malas, la anulación de aquel desatino tan grande. Yo, escuchando á unos y á otros, en función de mi cargo, no sabía dónde meterme.

Pocos minutos después de la hora llegó mi tío, solo y andando; le saludó la gente, mucha de ella colonos del cortijo, con un respeto rayano en temor. Al verme, se aproximó á mí y me preguntó:

—¿Falta mucha gente?

—Casi nadie—respondí.

—¿Y tú, cómo te las campaneas, diablo de loco?

—Mal y bien, de todo hay.

—Tú lo has querido.

Dicho esto con una impasibilidad estupenda, se retiró á charlar con el alcalde.

Cuando quise salir de la sala con objeto de buscar al juez, me encontré frente á frente de D. Manuel Goroza; debió de conocerme, por el gesto de asombro que puso; yo me retiré respetuosamente á un lado y él pasó con altanería. Ganas me dieron de gritarle «¡Parricida!»

Sentados todos, dió el alcalde cuenta del objeto de aquella entrevista ante el peligro que para los

labradores suponía el desagüe en el Dilar del barranco de Las Andas.

Los labradores le escuchaban atentos rascándose de vez en cuando la cabeza. Cuando se puso el tema á discusión, parecía aquello una olla de grillos, porque todos hablaban al mismo tiempo y era imposible entenderse.

—Mandar una queja al gobernador—gritaban algunos.

—Como no echemos el agua río arriba y les arenemos las hazas!—decía otro sonriendo.

—¿Y esto es justo? ¡Mal rayo parta al Gobierno y al Dilar!

—¡Así les jagan porvo los jocosos!

—¡Quisiá yo ser el arcarde!

—Y aluego, que nos saquen ellos la arena con jorquillas.

—Así se hacen aquí las cosas—decía mi tío con frialdad:—palabras y palabras, ¡como si fuéramos á sacar algo de provecho!

—Señores, un poco de orden—gritó el alcalde imponiéndose;—vamo despacio y nos entenderemo. C'hable D. Manué.

—Sí, sí—repetía tío Damián,—paños calientes encima.

Hecho el silencio, D. Manuel se adelantó al centro de la sala entre la curiosidad de los labradores. Mi tío, sentado en una de las esquinas junto á un balcón, no miraba más que la calle. Su gesto, expresaba el disgusto de aquella entrevista y la certeza de que de allí no había de salir nada práctico.

—Creo—dijo reposadamente Goroza fumando un buen veguero—que no vamo á conseguí nada; ellos lo puen todo y nosotros no. Como dice muy bien Cifuentes, no es posible echar el agua río arriba, y ello, con abrir la compuerta, hacen su voluntad. Lo único que podemos hacé, es unirmos para defendernos del río sin hacé daño los uno á los otro. Porque si yo pongo caballo en mis balate, hago porvo el San Ignacio, y si D. Damián los pone me revienta á mí. Yo, eso de quejase al gobernador y reclamá, es mirar á la luna, y si tós trabajamo contra el río, correrá como el aceite, sin echar una mijita de arena.

—Conforme en todo—exclamó de repente mi tío con entereza;—lo demás, es querer hacer volar las piedras poniendo un espantajo.

—Si mi colindante—siguió diciendo Goroza por mi tío—está conforme conmigo, yo me comprometo á coger toda el agua del Dilar y dejarla en el Genil sin que salpique una sola gota de agua en nuestras tierras.

—No solo estoy conforme, sino que me parece lo único bueno y práctico que henros hablado.

—Pues D. Damián—exclamó D. Manuel con un arranque de caballerosidad;—borremos pasadas discordias, que ya están olvidadas y seamos buenos vecinos.

—No tengo inconveniente; pero aquel interdicto que usted me puso, aún me está doliendo de puro injusto—añadió mi tío sin acabar de decidirse.

—Bueno, pues señal de que lo reconozco, es que deseo paz y amistad.

—Pues no quede por mí; seamos amigos.

—Y la prueba de que no le guardo á usted ningún recelo, es que un sobrino suyo pretende á mi hija, y aquí delante de todos digo que no me opongo mientras su sobrino no sea un botarate.

—¡Lo que es eso, no!—contestó con orgullo mi tío;—loco y con la cabeza dura, sí señor, pero honrado á carta cabal.

—¡Querido tío—grité yo saltando de mi asiento y ébrio de gozo,—confieso también mis pecados y me arrepiento con toda el alma!

—Pues D. Manuel—siguió diciendo mi tío,—yo le doy á este granuja el San Ignacio en administración (por ahora), y que se case con su hija.

Y lo que no era de pensar al comienzo de la sesión, mi tío y Goroza se dieron la mano como compañeros de colegio, y yo, entusiasmado y loco de ver abrirse las puertas de la gloria, grité como un trastornado:

—¡Viva la unión de los regantes! ¡Viva el río Dilar!

—No, hijo mío, no—añadió mi tío dulcificando su semblante;—aunque el río nos ha unido á D. Manuel y á mí, no vayás, á su ejemplo, á unir nuestras sangres, que no dejará el río de ser siempre unión peligrosa, que si une nuestras tierras y nuestras

amistades, es porque no hay más remedio que aceptarlo.

Esto último lo habíamos hablado mientras la discusión continuaba, acordando todos protestar del hecho, y como medida práctica, acometer entre todos el arreglo del río.

Salimos todos tan amigos, y los vecinos de Ambrós, interesados en mi desgracia, debieron hablar más aquella noche de mi lance que de lo concerniente al Dilar.

Al salir de la sesión era pleno día y el sol caldeaba el ambiente; como la distancia al cortijo no era grande, mi tío había venido andando. En cuanto nos despedimos de Goroza, prometiéndole nuestra próxima visita, marchamos juntos hacia el San Ignacio más amigos que nunca.

—Te has salido con la tuya y me has vencido—decía mi tío.

—De ningún modo; no se puede vencer donde no hay guerra.

—Pues chico, tú lo has hecho sin pelear. Has tenido en todo cierto orgullo que me ha conmovido. Aquello de enviar la caja que te mandé á Santander á pesar de quedarte en Granada, me gustó ¡qué demonio! y esa fiereza y esos bríos me gustan, sí, señor; en algo he de conocer que llevas mi sangre; lo que es, hijo mío, que nosotros los viejos solterones nos volvemos muy egoístas y no comprendemos eso... eso... el amor, ó como sea. Pero, en fin, todo se olvide y sea mi San Ignacio para tí y los tuyos, y Dios nos bendiga á todos, porque esta vez me habéis vencido, ¡qué demonio!

El sol reía, allá en la altura, derramando torrentes de luz y de calor sobre la tierra; la Vega, estrechada por sus caricias, embalsamaba el aire con sus aromas más puros; copiaba el agua de las acequias el cielo de un azul intenso; los árboles elevaban sus copas al espacio infinito en ofrenda á un Dios de bondad; y mientras el reloj de la lejana catedral daba las doce campanadas, que repitieron todas las iglesias de los pueblos, llenaba la Vega un vago ambiente de poesía, una somnolencia irresistible que convidaba á cerrar los ojos y á soñar con un cielo majestuoso, cielo muy parecido á aquel hermoso panorama que se extendía bañado por el Genil, desde la nevada sierra hasta el infierno de Loja.

XVIII

CARTA, PRÓLOGO Ó EPILOGO

Cortijo de San Ignacio 15 Agosto 1900.

Sr. D. José de Laugi.

Mi querido amigo: Con esta carta te mando las últimas cuartillas del episodio amoroso que tú has tenido á bien poner en limpio. Dejé en el tintero lo restante, porque me parece inútil el contarlo; lo que me quede por decir, ¿qué les importa á los lectores? Historia de amor que se termina es como sentimiento que se define y limita. Yo prefiero dejarlo en la incertidumbre para que cada lector pueda fantasear como guste; si es optimista, gozando con las delicias de la aspiración conseguida, y si es lo contrario, con la hermosura de la pasión desbordada por el dolor.

Corrige y arregla estos deshilvanados apuntes, ya que sólo he sabido poner en ellos la expresión de lo sentido, sin cuidarme de los más rudimentarios preceptos de la retórica. Tú eres más aficionado que yo á la literatura y podrás darle forma y expresión. Conforme en que no eres ningún Cervantes escribiendo, pero á mí y á Luis nos gustas, y con nuestro capricho basta; que si en vez de un escritor eres una calamidad escribiendo, con tu pan te lo comas.

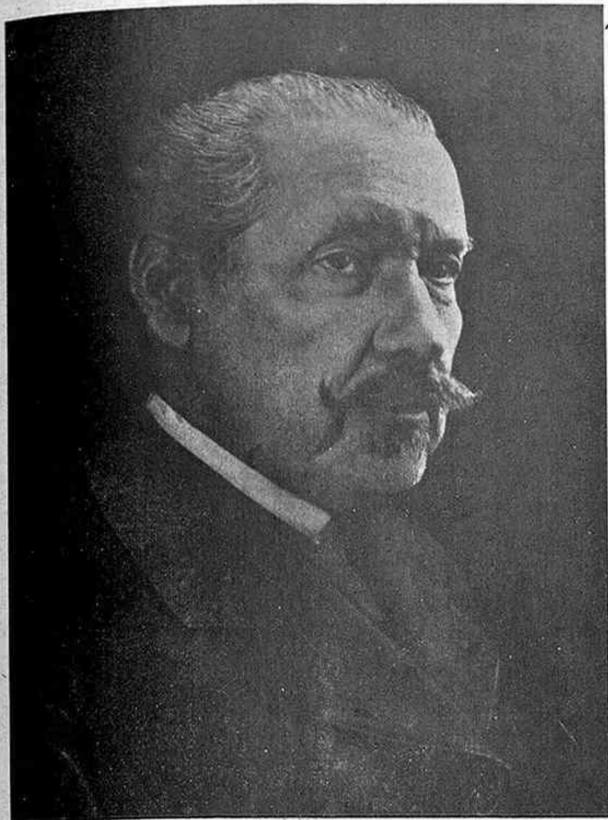
Hecho tu trabajo, que merece llevar todo el mérito de la obra, firmala como tuya, que bien puede pasar por padre el editor responsable.

Y basta por hoy; con mis más expresivas gracias recibe un fuerte abrazo, y á los muchos recuerdos que para tí me da Rosario, une todo el cariño de tu compañero y paisano,

PABLO ROBLES.

Madrid.

FIN DE LA NOVELA



DON SALVADOR GINER
EMINENTE COMPOSITOR VALENCIANO

EL ENSAYO

Para Joaquín García Vigil.

El contraste es grande. Antes de la representación del drama se oyen carcajadas y siseos de conversación jocosa.

Lugar de la acción: un escenario.

El telón de boca, medio corrido (en sentido natural, fuera equívocos de vergüenza). Los bastidores, encajonados; sirviendo de puerta de foro, la de fachada; divanes con los muelles rotos; sillas con exposición... de la vida. Bambalinas sin electricidad, pero haciendo efecto de ventiladores *electrizados*, por el movimiento de telares. Algún mechero con luz, la mayoría en el *poder* (concepto metafísico en oposición a *in actu*.)

Esto como descripción de la obra muerta.

La *viva*, heterogénea, variadísima; corrillos de señores bien trajeados, y esgrimiendo el arma de la crítica, más temible que el *sablazo*. La *dama* lejos de su *galán* y cerca de un tercero... sin ascensor; el *galán* hablando con animación un tanto vehemente á la característica; el director... entretenido; la hija de la característica, pidiendo bombones, y los que representan papeles secundarios, desternillándose de risa al oír las gracias y agudezas á un descendiente de *don Paquito*.

Dos hay, más importantes que actores y público, que no gozan ni aplauden los chistes: el empresario, individuo que pudiera representar muchas veces el papel de barba... al natural, y el autor novel, que le corresponde en la comedia mundana antes del estreno el papel de mártir. Este es saludado por un sujeto, que antes de entrar en el escenario, y á pesar de las conversaciones sostenidas en tono de cañón en disparo, ha merecido los honores de ser visto y oído, gracias al chirrido de sus botas quejonas y sin consuelo y al acompasado golpeteo del roten.

Acercándose al *mártir*, le dice: ¿Esperando? ¡Así es la vida!... Cuando consigas un nombre como yo he conquistado, te esperarán.

Y marcha triunfante al corro que lanza metralla. Como sabe de que estarán hablando, dice, siguiendo el tono de conspirador que en aquel momento impera:—Yo calculo que sobran tres mil veinte endecasílabos, y haciendo esta resta habrá público que se lo aguante.

El director hace la señal, y el ensayo comienza.

El empresario apunta los efectos para en con-

formidad con el *jefe* conseguir el «aplausos espontáneos» al final de los parlamentos y conceptos escogidos.

Ante ciertas entonaciones y desplantes la sangre se le paraliza al autor, y dice para su capote:

—No; así no...

Y allí, excepto él, ninguno siente el drama.

El ensayo termina sin protestas por parte del público, con agrado de los actores por haber terminado su trabajo, y con la revolución de bilis para el autor por ser testigo del degüello.

Sin despedirse van desapareciendo algunos; el *galán* dejó á su *dama*... por muerta; la característica, después de haber obsequiado á aquél con epítetos no muy cariñosos, busca la reconciliación.

Los demás van saliendo, estilo de la Guardia civil, por parejas.

El empresario saca copia de lo escrito, como si se dedicara á la reforma de letra.

El autor mira un tiesto pintado y le envidia, no por la pintura, sino por tiesto.

El de las botas inconsolables se despide del corro de la murmuración, y aproximándose al autor, á medida que aquellos van saliendo los cuenta y exclama al oído de éste:

—¡Siete!... ¡Como los niños de Eciya!

RAMIRO DE AÑÍBARRO.

Nuestra enhorabuena

De nada han servido las malas artes y las falsificaciones puestas en juego para arrancar el acta de Agreda á nuestro distinguido amigo el Sr. Seguí. Aunque en el acto del escrutinio fué proclamado el Sr. Doval, debíase á un error en la suma, y según el expediente que obra en el Congreso, el señor Seguí tiene más de cien votos de mayoría, por lo que será seguramente proclamado como verdadero diputado de Agreda.

Le damos desde luego nuestra más sincera enhorabuena.

Notas bibliográficas

EL DILUVIO, novela histórica de Henrik Sienkiewicz.— Dos tomos en 8.º editados por la casa Maucci de Barcelona.

Acabamos de leer la traducción de *El Diluvio*, de Sienkiewicz, célebre autor del *Quo Vadis?*, y no sabemos qué admirar más, si la fecundidad del autor polaco ó su maestría en la pintura de las costumbres, de los sentimientos y de las ideas de una época que pasó afortunadamente para no volver más.

Sienkiewicz se propuso en esta novela, que junto con *A Sangre y Fuego* y con *Pan Miguel Volodyovski* forman una especie de trilogía histórica, reconstruir en cuadros llenos de vida y altamente dramáticos, todo el período de la historia de Polonia que va desde 1648 al 1674 y que es sin duda el período más agitado de su vida nacional.

La acción del *Diluvio*, que es la segunda novela de la serie, aunque es independiente de las otras dos, se abre en 1655, séptimo del reinado de Juan Casimiro V, y narra las interesantes peripecias de la guerra que le declaró Carlos Gustavo de Suecia, que aspiraba á ceñirse también la corona de Polonia. El desgraciado monarca polaco Juan Casimiro, tuvo que luchar no solo con los suecos, sino con los moscovitas, con los cosacos, con los tártaros y con el desleal duque de Prusia.

Imposible sería describir con más viveza de colorido, con mayor verdad histórica, las costumbres de aquella época semi-bárbara en que al lado del catolicismo más exaltado y de la devoción más austera se encuentra la más grosera y cándida superstición y la más sanguinaria inhumanidad.

Era la época de las luchas religiosas y aún humeaban las ruinas que la Guerra de los Treinta años había sembrado por todo el centro de Europa. Época de devastaciones y de odios religiosos, que son los más terribles, en que no hay otra autoridad que la del sable y en que una soldadesca feroz y desenfadada disponía de los destinos de las naciones. Así por todas partes se encuentran en este libro batallas magistralmente descritas, escenas de devastaciones, de incendios, de saqueo y de matanzas, escenas que naturalmente empiezan por la bendición de la Iglesia, y concluyen por el *Te Deum laudamus*, que es el visto bueno que ha puesto siempre la Iglesia á todas estas bárbaras campañas que se han emprendido por ella y para ella.

La acción es altamente interesante y los caracteres perfectamente sostenidos, á tal punto, que se

hace difícil soltar el libro de la mano una vez que se ha empezado su lectura.

En cuanto á las condiciones materiales, sólo tenemos que decir que ha sido editada por la casa editorial Maucci de Barcelona, y creemos que esto es bastante.

La versión castellana es bastante buena y no adolece de esas odiosas mutilaciones que desfiguran una obra con el pretexto de despojarla de episodios inútiles. Podemos asegurar al público español que la traducción es íntegra y que conserva todo el sabor del original.

Las condiciones económicas no pueden ser más ventajosas: dos gruesos tomos de más de ochocientas páginas por dos pesetas.

TEATROS

ZARZUELA

Beneficio de Lucrecia Arana, y estreno de *Los mamelucos*.

El sábado 1.º del corriente, celebró su beneficio la tiple maravillosa que desde hace no pocos años figura con justicia á la cabeza de todas las artistas que cultivan el arte lírico, en nuestros teatros por secciones.

En esa noche, un público distinguido y entusiasta se congregó en el de la Zarzuela para tributar á la cantante incomparable una serie no interrumpida de ovaciones, justo tributo á sus indiscutibles méritos.

Asombra en verdad la labor de Lucrecia Arana.

Sin reservarse nunca, puesto que á diario derrocha los tesoros de su privilegiada garganta; sin descansar apenas, puesto que sólo una corta temporada suele alejarse de la escena durante el año, sus facultades, lejos de decaer, van en aumento y la emisión de su voz parece más fácil cada día.

Es una artista excepcional á la que deseamos ver durante mucho tiempo en la escena para gloria del arte y regocijo del público.

Huelga decir que la beneficiada fué agasajadísima y que recibió regalos y presentes de gran valor.

En esa noche se verificó el estreno de una zarzuela titulada *Los mamelucos*.

El libro de la nueva producción, no tiene nada de particular.

Es una de esas obras incoloras e inverosímiles que ninguna gloria proporcionan á quien las escribe.

La música ya es otra cosa.

Los jóvenes compositores Joaquín Taboada y Mario Caballero, han compuesto una partitura no sólo agradable, sino de verdadero mérito, pues contiene dos ó tres números de gran valor.

No nos maravilla.

La labor individual de Mario Caballero, no la conocemos; la de Taboada, sí, por lo cual ha de dispensarnos el primero si no le dedicamos hoy tanto espacio como al segundo.

Tiempo habrá de hacerlo cuando se presente solo á la sanción del público y de la crítica.

Joaquín Taboada es un músico joven, que no sabemos por qué razón no ha ocupado aún el lugar á que tiene perfecto derecho.

Verdad es que casi siempre que ha estrenado ha tenido la desgracia de hacerlo en compañía de libretistas que le han llevado á la derrota, pero los buenos autores han tenido ocasión de apreciar los méritos del compositor y estaban en la obligación de alentarle dándole obras, pues de seguro no hubieran tenido que arrepentirse de la elección de músico.

No lo han hecho así, y Taboada permanece injustamente postergado.

Se nos dirá que el que vale, un poco antes ó un poco después, se impone y triunfa.

A eso contestaremos que las injusticias enervan las más grandes energías, y que al hombre que vale desde su juventud, no debe hacerse llegar á la vejez para dejarle el paso franco.

Hay, por lo tanto, que abrigar la esperanza de que los dioses mayores del arte, se acordarán de que hay un compositor que se apellida Taboada Steger.

LUIS DE LA VILLA.



La Exposición de Bellas Artes

Prometimos seguir ocupándonos de la Exposición, y cumpliendo hoy nuestra promesa, vamos á examinar algunos de los cuadros presentados.

El Sr. Godoy presenta varios lienzos, el mayor de los cuales titula «Fiesta de la Virgen de Regla», en el que hay trozos primorosamente pintados, si bien el dibujo no es tan correcto como fuera de desear.

Arroyo y Lorenzo presenta un cuadro titulado «Las hormigas», que es una nota muy simpática y acertada.

Conocido ventajosamente es el Sr. Espina como paisajista. «Arroyo pedregoso», es un lienzo de viril entonación que demuestra sus excepcionales condiciones de artista.

De gran mérito son las obras presentadas por Ferrant, entre las que merecen citarse «Una gitana», «Un té» y «La aparición de la Virgen de las Mercedes á San Pedro Nolasco». Ferrant trata con singular acierto los asuntos religiosos y con las obras presentadas confirma su bien ganada fama.

Castell presenta dos cuadros, «Segadores» y «¡Qué hermosa es!», en los que se nota mejor intención que acierto.

D. Manuel Domínguez presenta un retrato primorosamente pintado. Es también muy notable el retrato que presenta Garnelo de D. Aureliano de Beruete, y en el que ha acertado á expresar la franca e inteligente fisonomía del distinguido y joven Secretario del Ateneo.

Alvarez Dumont, ha traído á esta Exposición un gran lienzo que representa un episodio de la guerra de Africa. La tonalidad del cuadro es desagradable, pero hay que reconocer la bondad del dibujo.

Del mismo carácter que el cuadro de Dumont es el de Morelli, en que si hay que admirar la valentía conque el asunto está tratado, no puede también menos de notarse lo violento de algunas figuras. Sin embargo, Morelli llegará á los más altos puestos de nuestra pintura, pues tiene poderosa inspiración y geniales alientos.

«Las ermitas de Córdoba» se titula un hermoso lienzo de Muñoz Lucena, que á nuestro juicio es uno de los mejores de la Exposición. La alegría de la campiña que viste sus galas primaverales contrasta con la sombría tristeza de los monjes que se entregan á sus ejercicios religiosos.

Gonzalo Bilbao, premiado con medalla de oro, presenta varios cuadros de extraordinario mérito, entre los que sobresale el que se titula «En el puente de Triana, una tarde de verano», que es un derroche de color y de vida.

En el número próximo procuraremos terminar estas ligerísimas notas sobre la Exposición de Bellas Artes, pues la falta de espacio no nos consiente extendernos hoy más.

LYGIE

La bellísima y soñadora rubia del Norte, joven sueca de ojos azules y cabello de oro, que tuvo la feliz idea de representar ó reproducir á lo vivo las más célebres obras decorativas del ilustre pintor A. Mucha, debió el martes último en nuestro Circo de Parish, encarnando á maravilla en su hermosura de formas intachables las geniales creaciones del artista húngaro.

Los cuadros, por la ideal hermosura de la joven Lygie y por la delicadeza de colores, flores y gasas, cabelleras de oro prendidas de rosas ó coronas de luz, brazos desnudos y tules transparentes, que cubren mal veladas formas de mármol y de nácar, son verdaderas apariciones, como fantásticos sueños de juventud y belleza esplendorosas.

La *Dama de las Camelias*, *Gismonda*, *El Iris*, *La Rosa*, *La Flor de Lys*, *La Flor de Nieve*, etc., que inspiraron al notable compositor Henri Hirschmann, sonoras y delicadas melodías, sugestionan los sentidos tan agradablemente como una risueña ilusión ó una esperanza halagadora, y al borrarse ante nuestros ojos, producen la tristeza de un despertar amargo.

Poco más de dos meses hace que la hermosa Lygie apareció por primera vez en *Folies Bergère*, de París, siendo celebrada de todos y admirada por el público de buen gusto, que tanto abunda en la capital francesa. La empresa del Circo de Parish merece grandes elogios por haber hecho figurar en su variado y escogido programa un número tan artístico y elegante, que constituye, en verdad, para los buenos aficionados al arte, un delicioso regalo.

V. A. L.

Á LAS FLORES

Flores, hermosas flores,
que sois nido de amores
y de los verdes prados alegría,
desplegad vuestros mantos de colores
que ya amanece despejado el día.

Ya el sol de la mañana,
que su faz soberana
eleva audaz sobre la altiva cumbre,
con los vivos destellos de su lumbre
los prados y los bosques engalana.

Ya la risueña brisa,
cuya dulce sonrisa

supo vencer al huracán violento,
maravillosos cuentos improvisa
con blando tono y amoroso acento.

Ya el arroyo impaciente,
cual plateada serpiente
por entre riscos y entre hierbas corre;
ya llama más alegre al penitente
la sonora campaña de la torre.

Ya su azul luce el cielo,
el ave intenta el vuelo
para lucir la pluma de sus alas,
y palpita en las plantas el anhelo
de descubrir sus escondidas galas.

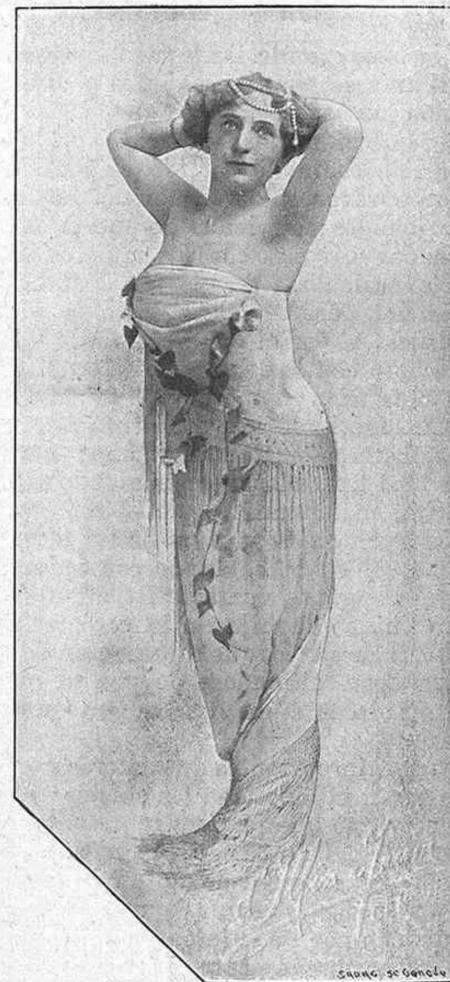
Al nacer claro el día,
la arboleda sombría
al beso de la savia se estremece,
y por doquiera despertar parece
la hermosura, el amor, la poesía.

Flores, pues, bellas flores
que sois nido de amores
y adorno virginal de la pradera,
desplegad vuestros mantos de colores
y á besaros vendrá la Primavera.

Esa blanca aureola
de rocío, que viola
el blando sueño de la flor dormida,
despierta vuestra espléndida corola
á los gratos placeres de la vida.

¡Oh, si la flor supiera
la vida placentera,
vida de triunfo en triunfo que le aguarda!
Antes que el sol sus pétalos abriera,
impaciente diría: ¡Cuánto tarda!

Sabedlo. Rayos de oro
buscarán el tesoro
oculto en vuestro cáliz reluciente,
y prorrumpiendo en cántico sonoro
perlas de nácar brotará la fuente.



Para hablaros de amores,
vocablos seductores
inventarán y mágicos idiomas
las aves, los arroyos, los fulgores,
los bálsamos, las brisas, los aromas.

E igual vuestra belleza
y virginal pureza
reinará en medio del jardín ameno,
que al pie de una ruinoso fortaleza
ó de una dama en el turgente seno.

Flores, hermosas flores
que sois nido de amores,
y hermosura y placer y poesía,
desplegad vuestros mantos de colores,
que ya amanece despejado el día.

MARIANO MIGUEL DE VAL.

“LULLY ARJONA,”

De la preciosa novela de nuestro querido amigo el brillante escritor D. Alfonso Danvila, transcribimos el siguiente capítulo:

«No habían pasado muchos días después de la anterior visita, cuando una tarde, al terminar de almorzar sola en su cuarto por hallarse ausente Cabrera, dióse cuenta Luisa de que nunca había tenido humor más negro que en aquel momento.

Tendida encima del sofá; ocupando uno de los rincones misteriosos que su talento de mujer elegante tuvo la habilidad de formar en el saloncito; aislada en aquel espacio por toda suerte de *paravents*, mesas, tientos, flores y mueblecitos; teniendo á mano periódicos, libros, cartas, fotografías y una porción de objetos más, y rodeada, en suma, de cuanto el lujo puede ofrecer de más cómodo y bonito, la condesa de Monsanto se aburría, no por saber en qué emplear el tiempo ni por sufrir disgustos extraordinarios, sino por la absoluta imposibilidad de determinarse á ejecutar nada y por una inercia moral tan grande, que, indiferente en absoluto á cuanto la rodeaba y sin preocuparse para nada de su persona, perdida la noción del tiempo, permanecía desde hacía horas y horas en la misma postura, contemplando el intensísimo azul del cielo y dejándose invadir, cada vez en mayor escala, por la abrumadora melancolía, que parecía ir creciendo á medida que las nubes eran barridas del horizonte y el alegre sol iluminaba todo con su potente resplandor.

En el profundo silencio que reinaba en el cuarto, ningún ruido venía á turbar las meditaciones de Lully; las flores de los vasos y jarrones, un tanto marchitas por la alta temperatura que se disfrutaba en la habitación, inclinábanse sobre el cristal ó el bronce, despidiendo mayor perfume de sus pétalos y ayudando á hacer el aire menos respirable; habitaba el cuarto casi de continuo por su dueña, apreciábase en todo él la vida, y hasta parecía que en el menor pliegue de las cortinas se conservaba algo de su personalidad; los alegres rayos del sol, que inundaban con su brillo todas las cosas existentes á dos pasos del cuarto, quebrábanse y casi se desvanecían al penetrar por entre sedas y muselinas, convirtiéndose, por fin, en suave claridad de tonos rosáceos al extenderse y repartirse por los muros y rincones de la sala; una tranquilidad aparente, que al poco rato de permanecer en el gabinete se convertía en cierto desvanecimiento y pereza inexplicables, reinaba en la atmósfera; y obedeciendo á tales elementos, perdida en un mar de sensaciones confusas y vagarosas, agitábase de cuando en cuando el hermoso cuerpo de Lully, sin encontrar una postura cómoda, sin que sus ojos consiguieran cerrarse para dormir, sin que la inteligencia de la muchacha encontrara fuerzas suficientes para concentrar su atención en un objeto determinado y consiguiera vencer la especie de embriaguez que la deslumbraba, sin que su voluntad fuera capaz de decidirse en un sentido, ni de obligarla á ejecutar la acción más insignificante.

Sofocada al fin por el calor y con la cabeza abombada, levantóse haciendo un esfuerzo y se dirigió hacia uno de los balcones, cuyos cristales abrió, así como los del mirador con que comunicaba, dejando penetrar la luz y el aire exterior y apoyando su rostro en el hueco de la vidriera.

Un hálito espeso y ardiente que se escapaba del jardín, acabado de regar, subió hasta bañar á Lully con su voluptuoso olor, extendiendo por sus venas repentino fuego, cual inesperada caricia que hiciera vibrar por igual todo su cuerpo.

Al cabo de un momento hizo insoportable aquel perfume acre en que, como si la tierra respirara fuertemente, se mezclaban toda suerte de olores y se aspiraba el espíritu de fecundidad que mantiene eterna vida en los seres de la tierra.

Con un movimiento brusco acercó la Monsanto á sus narices el pañuelo empapado en esencia y dirigió su mirada más allá de la verja del hotel, paseándola en todas direcciones hasta fijarla en un punto lejano que se divisaba por una bocacalle, donde parecía reconcentrarse la animación y se amontonaban personas y vehículos, hasta formar algo parecido á un río ó á una enorme serpiente en continuo movimiento.

Alrededor de casa de Monsanto, y en las calles próximas, eran pocos los individuos que transitaban; parejas domingueras; criados que salían de paseo; mujeres y militares que se detenían á charlar con porteras ó con otros amigos; chiquillos que jugaban al pie de un árbol; vendedores que cruzaban pregonando su mercancía; algunos carruajes que interrumpían un momento el silencio de las calles; escasísimo movimiento, en suma, que contrastaba notablemente con la plétora de vida que se adivinaba allá lejos; contados ruidos que no llegaban á dominar el vocerío y la ola de animación que de allí venía.

Con ojos melancólicos contempló la mayor de las Arjonas el horizonte, comparando en su interior la alegría de toda aquella gente que iba á los toros con su abatimiento físico y moral.

La corrida extraordinaria era el espectáculo que de tan poderosa manera agitaba á la multitud, y por un momento sintió Lully no haber aceptado alguna de las invitaciones de sus amigos para admirar los

primores de los toreros. Sin acordarse del día en que tenía lugar la anunciada solemnidad, había citado á ensayo á sus contertulios, los cuales le habían respondido excusándose de concurrir á la cita, y, fastidiada por su torpeza y ya de mal humor todo el día, no tuvo ánimos de vestirse ni de ir á la plaza, á pesar de su entusiasta pasión por el espectáculo nacional.

En aquel momento, sin embargo, sintió un inexplicable pero vivísimo anhelo de correr allí donde la multitud se amontonaba, de tomar parte en el alborozo general, de sustraerse á nostalgias sin objeto determinado y prescindir de melancolías.

Con esta idea, apartóse del mirador y penetró de nuevo en el gabinete hasta pararse delante de un espejo que ocupaba el hueco entre dos puertas, como si meditara acerca del partido que debía adoptar.

Su imagen, reflejada en la enorme luna, tuvo la virtud de distraerla un momento y hacerle olvidar el reciente capricho. Mirándose atentamente, como si nunca hasta entonces se hubiera hecho bien cargo de su fisonomía, permaneció gran rato en la misma postura y sin variar de expresión, con los brazos caídos á lo largo del cuerpo y la cabeza un poco inclinada hacia atrás. A fuerza de contemplarse, llegó á perder la idea de que la imagen que veía era la suya propia, y figurósele que era la de otra persona cuyas facciones y menores detalles podía apreciar sin el menor obstáculo.

¡Qué bonita estaba y qué líneas tan perfectas se adivinaban debajo del vaporoso traje! Su cuerpo era de proporciones regulares, más bien alto, esbelto y lleno de majestad; sus brazos eran torneados y acababan en unas manos afiladas que Lully cuidaba con gran esmero; los hombros, algo bajos, formaban una línea airosoísima; la cabeza se erguía sobre el prolongado cuello y producía honda impresión por su conjunto aún más que por lo perfecto de las facciones; los ojos eran negrísimo, protegidos por arqueadas cejas y sombreados por largas pestañas; la nariz, recta y muy fina, parecía más aún merced á recordarse bastante en alto sus ventanas; la boca, no excesivamente pequeña, pero fresca y bermeja cuanto puede desearse, ganaba más cuando al reírse dejaba lucir las dos hileras de dientes á que ninguna falta se podía poner; las orejas eran chicas y bien colocadas, y por último, el pelo, de un castaño obscuro, que además de ser muy abundante, se ondeaba naturalmente y nacía de una manera delicadísima, dejando en libertad á los mechones aún pequeños que se ensortijasen por separado, todo contribuía á formar de Luisa Arjona un ejemplar acabado de la femenina belleza.

Absorta en la contemplación de aquella figura que la miraba ansiosamente y en la que su curiosidad quería adivinar las zozobras y los cuidados que la inquietaban, no volvió Lully á acordarse de nada, hasta que un leve suceso, las hojas de una de las rosas colocadas encima de la mesa que se desprendieron de la flor y rodaron por encima del mármol de la consola, vino á destruir el encanto y tuvo la virtud de volverla á la realidad, y, por una rápida asociación de ideas, á la última que le preocupara un momento antes, la de huir de su soledad para aturdirse con la alegría y el movimiento de la plaza.

Casi decidida, se disponía ya á abandonar el cuarto, cuando le asaltaron nuevas dudas que la detuvieron en el camino. Después de todo, ¿de qué serviría el molestarse y vestirse á toda prisa para ver una cosa que se sabía de memoria? ¿No era tonto el incomodarse en balde y aburrirse por fin? ¿No era mucho más sensato aguardar la hora de paseo, ó bien no salir por la tarde y convidar á cualquiera para que fuese al teatro con ella? Chucha, que era la persona que en momentos parecidos tenía el talento de distraerla, no vendría de seguro, porque la había avisado que estaba ocupada hasta la noche en el asilo que protegía y que celebraba aquel día la fiesta de su patrono. Además, ¿no era injusto el aburrir á los demás con su cara de dueña dolorida, y no resultaría más generoso el aguantarse Lully á sí propia su mal humor, que no el aguardarles á los otros la fiesta?

Esta última consideración acabó de decidir á la muchacha á renunciar á su proyecto, sentándose de nuevo en el sofá consabido é intentando con la mejor buena fe del mundo entretener el tiempo leyendo algún libro de los varios que tenía á su alcance; pero ninguno de ellos consiguió fijar su atención, y unos después de otros fuéronse cayendo de las manos, hasta descansar en su primitivo sitio. Después de los libros tocó el turno á las revistas extranjeras, que tuvieron el mismo éxito que las novelas, y aburrida y desesperada al fin de no encontrar nada que la divirtiera, tumbóse en el sofá, perdiéndose otra vez en un mar de fantasías sin pies ni cabeza.

La verdad era que el verse así, reducida á sí propia, el considerarse tan aislada, era horrible cosa y capaz de entristecer al individuo más alegre.

En el mundo existía una persona que la conocía bien, que era su hermana Jesusa, pero había detalles y sensaciones que no eran para contarlos á la inexperta joven y además repugnaba á Luisa el revelar á persona viviente. Del gentío que la rodeaba y constituía su especie de séquito, no había nadie que inspirase á Lully bastante confianza, ni que supiera consolar aquellas secretas llagas sin hacerlas sangrar más. Es decir, sí, una persona había que quizás comprendía

sus penas y que de lejos la miraba con ciego afecto. ¡Santiago Cabrera! Y por un extraño capricho de su exaltada imaginación, presentóse ante sus ojos la figura de su adorador, con los menores rasgos, y tan pasmosa realidad, que llegó á figurarsele que era persona viviente y hasta comenzó á hablar con él, como si estuvieran los dos solos en el cuarto.

¿Que la quería, que la adoraba, que compartía su vida? ¿Que por ella había huido de París y levantado su casa con la esperanza de olvidarla en otros climas? ¿Que de antemano se reconocía vencido, sabiendo que su vida estaba ya sujeta á aquel cariño, y que por más que hiciera nunca conseguiría arrancar de su pecho la pasión que tan hondo se había clavado? ¿Que no intentaría nada porque estaba convencido de la inutilidad de sus esfuerzos?

Todo eso ya lo sabía Luisa y no tenía necesidad de repetirlo. Lo que Santiago no sabía, porque Lully lo tenía muy secreto á todo el mundo, era que una de las cosas que poseían la virtud de dulcificar sus malos ratos, que la hacían indulgente para con la sociedad, y hasta la llenaban de íntima satisfacción, era precisamente aquel afecto tan discreto y tan absoluto, aquel sacrificio tan generoso de los propios intereses. También ella pensaba en él, en Santiago, en sus ratos de soledad é insomnio, también veía en él un amigo, y hasta le quería, sí señor, le quería, de cierto modo.

¡Qué feliz hubiera sido Lully al lado de un hombre como Santiago! ¡Qué existencia tan hermosa dejándose adorar por un marido tan inteligente, tan entusiasta como el Cabrera de París! ¡Pasar días y días sin separarse, con la cabeza de él en sus rodillas, bebiendo el cariño en sus labios, gustando la vida sin contemplaciones ni reservas de ningún género, reproduciéndose en un hermoso enjambre de chiquillos que fueran como testimonios vivos de su amor, viviendo apartados del barullo, sin otra preocupación, sin otro cuidado que el de seguir queriéndose cada vez más y de prescindir ó despreocuparse cualquier cosa que se opusiera á la perfecta compenetración de sus almas!

En aquel momento, un ruido en el mismo cuarto, casi al lado de Luisa, interrumpió bruscamente sus desvarios y obligándola á incorporarse para descubrir en torno de sí lo que producía aquella novedad.

A pocos pasos del sitio donde descansaba la mayor de las Arjonas, y un tanto confuso al ver lo inesperado de su visita, permanecía de pie Juanito Portalegre atusándose los bigotes y sin saber si marcharse ó despertar á su prima.»

La Ilustración Nacional

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PENÍNSULA

Trimestre.....	4,50 pesetas.
Semestre.....	9 »
Un año.....	18 »
EXTRANJERO	
Semestre.....	12 »
Un año.....	24 »

Carlos da Silva é Souza

Caixa, 71.—Bahía (Brasil)

Desea recibir hojas con sellos á escoger, enviando á cambio sellos buenos del Brasil.

Polvos Dentífricos „Botot“

EXIGIR LA MARCA BOTOT
17, r. de la Paix, París.
En venta en todas Partes.

Eau de Botot

DENTÍFRICO ANTISEPTICO SUPERIOR, EL ÚNICO
aprobado por la Academia de Medicina de París.
17, r. de la Paix, París. EN VENTA EN TODAS PARTES.

MEMORIAS DE GORON

RAVACHOL

Acaba de aparecer este cuarto tomo de la sensacional obra del famoso jefe de policía de París.

Traducción de Ricardo Vinuesa
Ilustraciones de Rojas

Precio del volumen: TRES PESETAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes
Dépuratifs
Contra la Falta de Apetito
el Estreñimiento, la Jaqueca
los Váridos, Congestiones, etc.
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos
Noticia en cada caja
Exigir los Verdaderos en CAJAS
AZULES con rótulo de 4 colores y
el Sello azul de la Unión de los
FABRICANTES.
Paris, Farmacia Leroy y principales f^{as}

Compuesto en las máquinas LINOTYPE

ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 5 Enero, 2 Febrero, 2 Marzo, 30 de Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre; directamente para Port-Said, Suez, Aden, Colombo, Penang, Singapoore, Ilo-Ilo y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Méjico.

Servicio del Norte: Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Santander el 19 y de Coruña el 20 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia.

Servicio del Mediterráneo: Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de cada mes directamente para New-York, Habana, Progreso y Veracruz.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11 y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Puerto Cabello y la Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Admite pasaje y carga para Río Janeiro y Santos, con trasbordo en Cádiz al vapor de la línea del Brasil.

Línea del Brasil.

Servicio mensual, saliendo de Liverpool el 24 de cada mes. Hace las escalas de Havre, Pasajes, Bilbao, Coruña, Villagarcía, Vigo, Oporto, Lisboa, saliendo el 8 de Cádiz, directamente para Las Palmas, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires, admitiendo carga y pasaje para Punta Arenas, Coronel y Valparaíso, con trasbordo en Montevideo, y pasaje para Montevideo y Buenos Aires con facultad de trasbordar en Cádiz al vapor que hace el servicio directo á dichas Repúblicas.

Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente para Casablanca, Mazagán, Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, regresando á Marsella por Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Servicio bimensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de Enero de 1901, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Póo, con escala en Casablanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

MEDIO MILLÓN DE SEÑAS

Acaba de publicarse el *Arucario de la Exportación, Industria y Comercio*, para 1901.—Paseo Isabel II, 8, Barcelona.

CONTIENE: Las señas de **Barcelona** por apellidos y profesiones.

Las del resto de **España**.

Las de todas las naciones de **Europa** y de las **Américas** latinas.

Aranceles de Aduanas de las mismas naciones.

Informaciones para el desarrollo comercial.

Estadísticas de exportación é importación, etc., etc.

Precio en Barcelona, **12,50** pesetas.—En el resto de España, **15** pesetas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

BLANCO DUCAL

Con base de glicerina, que suaviza y hermosea el cutis, dándole la frescura y transparencia de los quince años; preparados por la casa DORIN, DE PARIS, para la PERFUMERIA FRERA, especial en blancos y tintes.

Pate Agnel—Amidalina y Glicerina

Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazonas*, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez, y transparencia á las uñas.

En la Perfumería Central de ANGEL, 16, Avenue de l'Opéra y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

Chocolates, Cafés, Tés, Pulces

VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapiques de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado.

Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SAS- trería de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZ- quez. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFEC- tos que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA HURÍ.—CORSÉS DE LUJO Y económicos.—Alcalá, 4.

Lozano. Bicicletas.

La mejor casa de España.—Economía y perfección.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el **CABELLO** y la **BARBA**, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Use con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

LIBRO UTILISIMO

Hemos recibido el *Manual del aspirante á cabo de infantería del Cuerpo de Carabineros*, que con gran aceptación empezó á publicarse en Septiembre del año anterior, en folletín, por el *Progreso Militar*.

El libro es de suma utilidad, pues en unas 260 páginas están comprendidas, por papeletas, todas las asignaturas que, con arreglo á programa, deben estudiarse para presentarse á examen en las Comandancias, evitándose con ello los gastos que reporta la forzosa adquisición de las muchas obras que para el caso se necesitan, además de lo fácil que se hace el estudio en la forma metódica en que aquél está escrito.

Sólo lo antes expuesto da á comprender el carácter de la obra, no siendo necesario hacer de ella elogio alguno, pues su utilidad se ve en el beneficio que produce á la clase á que está destinada.

Se halla de venta en la administración del *Progreso Militar* al precio de dos pesetas, con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores á dicho periódico. Los pedidos pueden también hacerse al autor, Isidoro Moreno Comandancia de Carabineros de Algeciras.]